



A EVUM

LENA BLAU

*Es poderoso e implacable.
Su mundo no entiende de sentimientos.
Pero ahora ella puede cambiarlo todo.*

AEVUM

Lena Blau

TÍTULO: AEVUM

ISBN-13: 978-1539370420

Copyright © 2016 Lena Blau

Todos los derechos reservados

Para saber más sobre la autora:

Facebook: Lena Blau Escritora

Twitter: @LenaBlau

Instagram: lenablau_escritora

Blog: lenablau.wordpress.com

*La clave de quién eres se oculta detrás de
aquello que desconoces...*

CAPÍTULO UNO

I

Cuando desperté esa mañana no sabía dónde estaba. Mi mente aún se hallaba en Madrid. Sin embargo, el olor de aquella habitación le decía a mis sentidos que ya no me encontraba en España, sino de regreso a mi infancia.

Podía percibir el característico olor a madera de roble de los antiguos muebles. Las sábanas que cubrían mi cuerpo desprendían ese familiar aroma que tantas veces me había acariciado cuando, de niña, me quedaba a dormir en casa de Dona, mi dulce e inteligente abuela. Mientras me desperezaba, aquella sugerente mezcla de olores llega-

ba amplificada gracias a la corriente circular que provocaba el ventilador del techo de la habitación y que refrescaba el cálido y húmedo aire del final del verano. El suave murmullo del incesante giro de sus aspas fue lo que me hizo recordar del todo la consciencia: estaba en Nueva Orleans.

Había llegado hacía tan sólo unos días, y por eso todavía me despertaba cada mañana sin saber exactamente dónde me hallaba. La costumbre me hacía creer que aún seguía en mi dormitorio de Madrid. Y era normal, hacía mucho tiempo que no visitaba a mi familia paterna y se me hacía extraño volver a ocupar aquella enorme habitación que parecía sacada de un libro de historia. En casa de mi abuela nada cambiaba, el pasado parecía prevalecer sobre el presente. Pero no era extraño; ésa es la sensación que caracteriza a cada rincón de esta ciudad tan peculiar.

Yo nací aquí, y aunque me marché cuando apenas tenía cinco años, siempre he sentido una poderosa conexión con esta ciudad situada al borde del Misisipi. El amor por su gente, su música y su mezcla de culturas (francesa, española, caribeña y norteamericana) está grabado a fuego en mis genes. En Nueva Orleans todo es mágico, hasta su decadencia.

Y fue exactamente eso lo que también sedujo a mi madre.

Ella es española, pero estudió su carrera de Bellas Artes en Nueva York. Allí conoció a mi padre, quien a su vez estudiaba Medicina en la Gran Manzana. Fue él quien la llevó a su ciudad por primera vez. Era febrero y The Big Easy (apodo con el que se conoce a Nueva Orleans) se preparaba para celebrar los carnavales, o mejor dicho, el Mardi Gras, que es como ellos llaman a esa semana de locura colectiva llena de música, disfraces y color. Se quedó fascinada, tanto que le dijo a mi padre que debían mudarse allí en cuanto ambos terminaran la universidad.

Y así lo hicieron. Se casaron poco tiempo después y se mudaron a una casita en el tranquilo barrio de Uptown.

Estaba situada a unas pocas manzanas de la mansión victoriana donde mi padre había crecido junto a su madre y su hermana. Mi abuelo murió cuando ellos aún eran muy pequeños, así que mi abuela Dona fue la que los sacó adelante.

Ella había heredado la mansión, pero el próspero negocio familiar que había hecho que sus padres vivieran a lo grande no sobrevivió a la llegada de la feroz competencia de las multinacionales. Mi abuela, tan bohemia e intelectual, trabajó sin descanso en la galería de arte que regentaba. Fue así cómo evitó perder esa casa que tanto quería y dio una educación a sus dos hijos. Mi padre comenzó su residencia médica en un prestigioso hospital de la ciudad y mi tía Lily, tras acabar su licenciatura en Bellas Artes, comenzó a trabajar con mi abuela en la galería. No es de extrañar que mi madre hiciera tan buenas migas con su cuñada nada más conocerla: ambas se habían dejado seducir por el arte, aunque en lados opuestos. Una era creadora; la otra una experta en detectar buenas obras. Eso hizo que se complementaran a la perfección. Todavía hoy, aunque hace muchos años que no se ven, siguen manteniendo interminables charlas telefónicas y se escriben largos e-mails constantemente.

Mi madre fue muy feliz en Nueva Orleans. Pero cuando mi padre murió repentinamente en un accidente de coche, decidió regresar con su familia a España. Nos fuimos cuando yo acababa de cumplir cinco años. Apenas recuerdo lo sucedido. Lo único que permanece en mi memoria es la imagen borrosa de un oficial de policía hablando con mi madre en el porche de nuestra casa y unas lágrimas... Las lágrimas desconsoladas de una mujer que no puede creer lo que le están diciendo.

El suceso fue extraño. El coche de mi padre se precipitó por un puente de la autopista I-10 a las tierras pantanosas que existen en esa húmeda zona del sur de Luisiana. Nunca encontraron su cuerpo ni el de sus dos colegas del

hospital que iban con él en el coche. Se habían esfumado, no se sabe ni cómo ni por qué. La policía dudaba seriamente que hubiera sobrevivido ninguno de ellos, ya que el vehículo se hallaba absolutamente destrozado. En los periódicos se había especulado con innumerables teorías, a cada cual más inverosímil y grotesca. Unos apuntaban a que los caimanes los habían devorado. Otros decían que los habían secuestrado, y los más supersticiosos apuntaban a que se debía a alguna maldición de vudú que se había llevado sus cuerpos para que nunca descansaran en paz.

Mi madre no pudo soportar la presión mediática y, tras meses de una agónica e inútil espera a que la policía encontrara los cuerpos, decidió dejar la ciudad que tanto quería y regresó a Madrid en un intento de volver a empezar de cero en un lugar donde no se hablara de ese tema. Después de aquello, jamás regresó a Nueva Orleans.

Pero yo sí quise hacerlo. De hecho, durante mi infancia y adolescencia cruzaba el Atlántico cada verano. En cuanto terminaba el curso escolar, mi madre me metía en un avión y yo pasaba dos meses de ensueño en aquella preciosa casa junto a mi abuela, mi tía Lily y mi prima Jenna.

Como veis, somos un clan de mujeres. Parece que en nuestra familia los hombres tengan algún tipo de maldición. Mi abuelo murió joven, mi padre también, y el marido de mi tía Lily la abandonó al poco de nacer Jenna. Así que no nos ha quedado otra: somos mujeres fuertes e independientes, y siempre nos hemos apoyado las unas a las otras sin condiciones.

Cuando terminé el colegio mi intención era estudiar la carrera en Estados Unidos. Pero mi madre se mostró tan triste ante la perspectiva de perderme de vista durante cuatro años que decidí quedarme en Madrid.

Seguí sus pasos e ingresé en la facultad de Bellas Artes. Siempre destacué más en pintura que en las otras disciplinas artísticas que practiqué durante mis años univer-

sitarios, así que una vez me hube licenciado, comencé a abrirme camino como pintora. Compaginaba mis largas horas en el estudio de mi madre con el trabajo a tiempo parcial en una galería de arte.

Tras mucho esfuerzo, conseguí que me dieran la oportunidad de contar con mi propia exposición. Las críticas fueron muy favorables y vendí varias de mis obras a coleccionistas que no buscaban un nombre famoso, sino talento y frescura, con lo que mi carrera comenzó a tomar impulso. Sin embargo, yo seguía con el gusanillo de irme a Nueva Orleans para continuar estudiando. Había conseguido renunciar a mi sueño de irme durante la carrera, pero mi necesidad de volver a vivir en la ciudad que me vio nacer parecía no querer marcharse.

Por eso me había despertado en esa vieja cama aquella mañana. Por fin iba a cumplir mi sueño de estudiar en una universidad americana. Aquel mismo día iba a comenzar un máster en Historia del Arte en la Universidad de Tulane. Me gustaba mucho el trabajo en el estudio. Imaginar y pintar cuadros era una actividad increíble que me ayudaba a canalizar mis infinitas ansias creativas. No obstante, también me sentía inclinada a estudiar en profundidad a todos aquellos maestros que me habían precedido. ¡Existen tantas civilizaciones, tantas influencias y estilos, que necesitaba saber más sobre la historia de una disciplina que ha dado tantas maravillas a la humanidad! Dentro del mundo del arte hay muchas formas de expresión y yo quería profundizar aún más en todas ellas. Además, me gustaba la enseñanza, y ese máster podía brindarme la oportunidad de compaginar en el futuro mi carrera de pintora con la posibilidad de impartir clases.

Compartir esa pasión con otros me ayudaría a no encerrarme demasiado en mis ensoñaciones de artista. Para crear necesito pasar mucho tiempo a solas, y eso es bueno para mis obras, pero no lo es tanto para mí. Una vez me inmiscuyo en el proceso creativo, me abstraigo de todo lo

que me rodea. Y no quería que eso terminara convirtiéndome en una artista solitaria y demasiado alejada de los demás. Necesitaba compaginar esa actividad con otra que me obligara a permanecer en contacto con el resto de la humanidad.

Tras remolonear unos minutos en la cama, decidí bajar a desayunar. En cuanto abrí la puerta de mi dormitorio, un delicioso aroma a café y tostadas ascendió por el hueco de la escalera. Bajé de inmediato a la luminosa cocina desde la que se observaba el precioso parque Audubon. Jenna y mi tía se encontraban ya sentadas desayunando opíparamente.

—Buenos días, Daniela —me saludó mi tía—. ¿Qué tal va ese *jet lag*?

—Bien. Parece que mi cuerpo ya se va habituando a ir con siete horas de retraso. Esta noche no me he despertado a ninguna hora extraña. ¡Menos mal!

Me serví un café con leche y me senté a la mesa junto a ellas.

—¿A qué hora tienes que estar en la reunión de bienvenida? —preguntó Jenna.

—A las diez —respondí mirando el viejo reloj que colgaba de la pared. Marcaba las 8:30, con lo que tenía tiempo más que de sobra para desayunar tranquilamente y luego prepararme para ir a la universidad. El campus de Tulane se hallaba a apenas cinco minutos a pie de la vieja casa que mi tía había heredado al morir mi abuela. No había necesidad de ir con prisa ninguna.

—¿Te apetece que después comamos juntas en la pizzería de la calle Magazine? —propuso mi prima muy animada—. Yo tengo que ir a dos clases por la mañana, pero luego estoy libre, así que podemos encontrarnos en el parking cuando termines.

Jenna era tres años más pequeña que yo y ése era su último año de carrera. Siempre le había gustado la música (algo nada raro en una ciudad donde el jazz y el soul pa-

recen flotar constantemente en el aire), así que había decidido aprovechar el hecho de que la Universidad de Tulane tuviese uno de los mejores programas académicos dedicados a esa disciplina. Mi prima se estaba especializando en piano, y en ese último semestre que le quedaba para licenciarse debía esforzarse al máximo para culminar su formación. Desde que había empezado la universidad ella formaba parte de un grupo de jazz que se estaba ganando un merecido renombre en la ciudad. Me moría por verla tocar de nuevo y esperaba que pronto actuaran en alguno de los cientos de bares que cada noche, al ritmo de los instrumentos, cobraban vida en Nueva Orleans.

—Creo que eso de la pizza suena muy bien —respondí—. Cuando acabe la reunión del máster te esperaré en el coffee shop que hay junto al aparcamiento. Paso de asfixiarme al sol mientras tú llegas.

—Daniela, te prometo que no tardaré —dijo en un intento inútil de convencerme.

Ambas sabíamos que la puntualidad no era su fuerte, y mucho menos cuando seguramente mi prima se iba a dedicar saludar a media universidad en su camino hacia nuestro lugar de encuentro. Ella tenía toda una lista de amigos a los que dar la bienvenida tras las vacaciones de verano. Yo, en cambio, aún no conocía a nadie. En cuanto terminara de escuchar la conferencia informativa que nos iban a dar los profesores del máster, me dirigiría más sola que la una hacia ese aparcamiento, sin nadie que me detuviera para saludarme efusivamente tras un par de meses sin verme. Empezar de cero tiene muchas ventajas, pero si hay algo negativo es que empiezas también con cero amigos. ¡Menos mal que al menos tenía a tía Lily y a Jenna!

—Déjalo —dije riendo—. Te esperaré la mar de tranquila mientras me tomo un delicioso capuccino.

—Vale, espérame en el coffee shop. Pero prometo darme la mayor prisa posible —concluyó ella con una gran sonrisa que iluminó su delicado y pálido rostro.

Resultaba evidente que le ilusionaba la idea de tenerme allí. Y no por unas cuantas semanas; esta vez iba a quedarme mucho más que un verano.

Mientras continuaba bebiendo mi café, observé a Jenna: era tan alocada, americana y rubia que parecía salida de una serie de televisión. Aunque lo que veían mis ojos era sólo su apariencia; su carácter y su inteligencia nada tienen que ver con ese estereotipo de mujer insulsa y estandarizada.

La verdad es que no podemos ser más distintas físicamente. Yo no heredé casi ninguno de los genes de mi familia paterna; no puedo tener un aspecto más español: tez morena, metro sesenta y pico, pelo oscuro y cuerpo esbelto pero con curvas pronunciadas (ésta es mi manera optimista de describir mis anchas caderas y mi más que generoso trasero). Lo único que tengo en común con mi familia americana es el color de los ojos: un verde intenso que se vuelve muy oscuro cuando nos entristecemos o nos enfadamos. Idénticos a los de mi abuela, los de tía Lily y los de Jenna. Es nuestra marca de identidad.

—Jenna —comenzó a decir Lily con un divertido escepticismo—, más vale que no le prometas a Daniela ese tipo de cosas. Todas sabemos que si hay alguien capaz de llegar extremadamente tarde, ésa eres tú.

—¡Pero qué mala fama tengo! —se lamentó mi prima—. Aunque hay algo que no podéis discutir...

—¿El qué? —preguntó su madre.

—Que, por muy tarde que llegue, siempre me esperaréis —respondió triunfante—. Así que algo bueno tendré, ¿no?

—Ése es el problema —comentó Lily dirigiéndome una mirada cómplice—. Está demasiado acostumbrada a que todo el mundo la adore. Y por eso se puede permitir ser la persona más impuntual de este mundo.

—Mamá, eres una exagerada —dijo Jenna mientras se alejaba hacia la puerta que daba al porche trasero—. Os

veo luego. Tengo que irme ya, porque si no volveré a llegar tarde. He quedado a tomar un café matutino con Phoebe y no quiero que ella también me dé la brasa con ese tema. ¡Adiós!

—¡Adiós! —dijimos su madre y yo al unísono.

Cuando Jenna se hubo marchado, mi tía se dirigió a la cafetera y rellenó nuestras tazas sin preguntarme si quería. Sabía de sobra que yo necesitaba otro café antes de subir a ducharme. Por las mañanas no soy nadie si no me tomo por lo menos dos tazas de ese maravilloso y aromático brebaje.

—Está encantada de tenerte aquí —dijo Lily al sentarse de nuevo junto a mí.

—Y yo de estar con vosotras —respondí tras dar un sorbo al café—. Aunque se me hace raro que ella ya no esté —añadí con un hilo de nostalgia. Era tan extraño no tener a la abuela merodeando por allí...

—Ya lo sé. Esta casa no es lo mismo sin ella —suspiró mi tía.

—Por lo menos pudo volver aquí después del Katrina.

Un doloroso recuerdo acudió a mi mente: a finales del mes de agosto de 2005 tuvimos que evacuar la ciudad porque aquel feroz huracán se dirigía implacable a Nueva Orleans. Yo ya no pude regresar a nuestra adorada ciudad aquel verano, ya que la magnitud de aquella tragedia nos obligó a permanecer alejadas más tiempo de lo previsto y me vi obligada a regresar desde Memphis a Madrid para comenzar el curso escolar aquel otoño.

Regresé un año después y encontré mi adorada ciudad todavía herida, con la mitad de sus barrios destrozados y vacíos. Pero la gente de Nueva Orleans no se rinde nunca, con lo que, a pesar de la catástrofe, siguieron luchando por mantener su ciudad y su cultura a salvo. Ahora, una década después, la ciudad había recuperado de nuevo su pulso. Y, gracias a Dios, aquella casa que tanto significaba para

nosotras seguía en pie y reparada de los daños que había sufrido, por lo que ahora yo podía desayunar junto a mi tía en esa cocina que guardaba tantos recuerdos entrañables.

—Nunca vi a tu abuela tan decaída como durante aquellos cuatro meses que tuvimos que pasar en Memphis. Era como si el huracán se la hubiera llevado también a ella —comentó Lily mirando hacia el parque.

—Tía, no te entristezcas —la consolé—. Lo importante es que ella pudo regresar y pasar sus últimos años de vida en su hogar.

—Sí, eso es lo que importa —asintió recobrando la sonrisa.

—¿Sabes? ... Me gustaría ir a verla. Desde que llegué la semana pasada todavía no he ido al cementerio.

—Podemos ir juntas mañana si quieres.

—Sí, y le llevaremos esas flores que tanto le gustaban —acepté ilusionada.

Ir a ver la tumba de la abuela siempre me llenaba de una cálida paz. Mi madre y yo nunca tuvimos un lugar al que acudir para hablar con mi padre. No había ningún sitio donde poder buscar consuelo, y quizá por eso cuando visitaba la lápida donde yacía mi abuela me sentía reconfortada. Ella se había ido, pero sabíamos cómo y teníamos un lugar donde ir a visitarla. Mi padre, en cambio, se había evaporado sin dejar rastro ninguno. Y ésa es una sensación mucho más desoladora si cabe, porque jamás cierras el capítulo del todo. Es un misterio que te persigue para siempre.

—Tengo que irme a la galería —anunció mi tía levantándose de la silla.

—Sí, yo también debería ponerme en marcha. No quiero llegar tarde a la reunión del máster.

Dicho esto, recogimos el desayuno en un abrir y cerrar de ojos y después subí directa a mi dormitorio para darme una ducha que, sumada a la cafeína que llevaba en las venas, me terminó de despertar por completo.

